

acuerdo dando los mayores ejemplos de paciencia, conformidad con la voluntad de Dios, obediencia al médico y á los enfermeros, sin reusarse á ninguna medicina, y ocupado únicamente en fervorosas jaculatorias que llenaban de edificacion á todos los asistentes; pero al cuarto, habiéndosele administrado el Sagrado Viático y dejándolo por algun rato para que diera gracias, pasada media hora en que se habia creído dormido, se notó que deliraba tan completamente, que ya no pudo volver en su acuerdo. A cuanto se le preguntaba, ya respecto de su estado, ó para darle medicina, ó sujiriéndole algun afecto piadoso, nada contestaba en órden y á todo respondia con las palabras del cántico de los tres niños: *Benedicite omnia opera Domini. . . Benedicite montes, et colles Domino. . . Benedicite frigus et aestus Domino, etc.*; añadiendo algunas pocas veces estas palabras: "En tus manos pongo mi alma con rendida voluntad, oh Señor," volviendo sin interrupcion á su *Benedicite*. Así pasó hasta el 27 de Febrero de 1770, día último del Jubileo de las Carnestolendas tan peculiar de la Compañía de Jesus, que siempre tuvo como característica devocion visitar el augusto Sacramento en donde estaba expuesto á la pública veneracion; en ese día, recostándose sobre las almohadas, lo que no habia podido hacer en toda la enfermedad, dando algunas boqueadas, entregó su alma en manos de aquel Señor que lo crió para gloria suya, lustre de la Compañía, bien de los próximos y edificacion comun de todos sus hermanos que con lágrimas, en los ojos presenciaban aquel espectáculo. Su edad llegó á poco más de sesenta y cinco años de los que vivió en la Compañía cerca de cincuenta, y á los treinta y seis meses de profeso de cuarto voto: su cadáver fué generalmente reverenciado, logrando la fortuna de ser sepultado en la iglesia del noviciado de los Jesuitas de Bolonia, como tanto habia deseado en vida, que sus cenizas fueran depositadas en casa de la Compañía de Jesus. Se hizo tanto aprecio de nuestro ilustre paisano que se mandó sacar su retrato, pintándole arrodillado delante del Santísimo Sacramento.

Al año siguiente y en el mismo día tuvo la Provincia otra pérdida muy sensible en la muerte de un jóven sacerdote, el P. Juan Rodriguez: fué natural del Real de minas de Tasco, adonde nació el 26 de Julio de 1742, del piadoso matrimonio de D. Ignacio Rodriguez Molina y D^a M^a Solano Taboada: su familia como la del anterior, toda se consagró á la iglesia: su hermano mayor Antonio abrazó el estado de clérigo secular, en que sirvió mucho á su patria en los ministerios eclesiásticos, y sus dos hermanas Josefa é Ignacia fueron religiosas en México: la niñez de nuestro Juan fué muy singular, tanto por su retiro de los juegos pueriles, como por su devocion al Santo Sacrificio de la Misa, á la Sma. Virgen y á los santos jóvenes S. Luis Gonzaga y S. Estanislao de Kostka á quienes solo conocia

por cierta simpática inclinacion, pues en Tasco nunca hubo Colegio de Jesuitas: pero como hallándose ya en estado de reflexionar hubiesen ido á misionar á ese Real algunos Padres de la Compañía, quedó agradablemente sorprendido de ver en su modestia y apostólicos trabajos un retrato de aquellos santos á quienes tiernamente amaba antes de conocer la Religion á que habian pertenecido. Tal fué el principio de su vocacion á la Compañía de Jesus, cuyo efecto se aumentó cuando pasando á México á estudiar gramática al Colegio de S. Ildefonso, pudo observarlos más de cerca: aquella inclinacion no fué una admiracion estéril, sino que desde luego se propuso imitar á los que amaba en los ejercicios de piedad que les veia, frecuentando Sacramentos, leyendo libros devotos, entregándose á la oracion y desprendiéndose tan completamente de las cosas terrenas, que el poco dinero que para sus pequeños gastos le mandaban sus padres, lo entregaba á su hermano mayor para que dispusiera de él. Concluida su gramática y teniendo quince años de edad pretendió entrar en la Compañía, lo que no pudo conseguir por entonces por una nube que tenia en el ojo izquierdo, que hacia temer por la vista de ese lado; pero disipado ese temor por la opinion de los médicos, y habiendo entre tanto estudiado filosofia con la misma aplicacion y buen ejemplo, fué mandado al noviciado de Tepotzotlan el 12 de Septiembre de 1760, admitido ya por el P. Provincial Pedro Reales, teniendo por maestro al P. José Utrera tan distinguido por su fervor y discrecion en el cultivo de los jóvenes religiosos: hechos los votos del bienio se aplicó al estudio de las bellas letras, segun la costumbre de la Compañía, en cuya ocupacion pasó todo un año, otro en repasar filosofia y el tercero en el primer curso de teología, con tal fervor y ejemplo de virtud, que así como en el noviciado se habia propuesto por ejemplar á S. Estanislao, en los estudios siguió exactísimamente las huellas del Santo Gonzaga, cuyo título se adquirió desde entonces entre sus compañeros: pasados los tres años, fué mandado á Pátzcuaro á enseñar gramática, en cuyo ministerio más que de maestro, ejerció oficios de apóstol con la tierna juventud, en la explicacion de la doctrina cristiana, á que se dedicó con todo empeño á inspirarles el saludable temor de Dios, inclinarlos á la frecuencia de los Sacramentos y encender en sus tiernos corazones la devocion á la Santísima Virgen y el amor á la hermosísima virtud de la castidad: por lo mismo al paso que adelantaban en la gramática, avanzaban no menos en la práctica de las virtudes propias de su edad: pero ó ya por el mucho trabajo ó porque su constitucion era muy delicada, habiéndose alterado mucho su salud, se le hizo regresar á México á concluir el curso de teología. Allí le cojió el decreto de expulsion que si fué causa de tantas calamidades á los desterrados, para nuestro Juan fué una abundante fuente de las

más ilustres virtudes en la paciencia con que toleró tan ásperos viajes por tierra y tan peligrosos por mar, la alegría que se admiraba siempre en su semblante, su constancia en la oracion y sobre todo en sus espirituales pláticas, con que á todos animaba en aquellos padecimientos y llenaba de edificacion, al verle padecer por su edad y achaques mucho más que los otros: sobre todo brilló de una manera extraordinaria su caridad con los que padecian por auerianos ó enfermizos, así en la navegacion, como en el hospicio de Santa María, en Córcega y en el asperísimo camino de Sestri á Bolonia: para todos ellos era Juan el más eficaz enfermero, báculo de su cansancio, consuelo de sus penas y un ángel por sus consoladoras y dulces palabras. Llegado á la última ciudad, pasó al Castelo de S. Pedro á concluir su teología, y el mes de Febrero del año de 1769 recibió los Sagrados Ordenes con sumo consuelo de su alma, por ver logrado lo que desde niño tanto habia deseado ofrecer al Señor el incruento sacrificio: su fervor no disminuyó en lo más mínimo, siendo siempre en aquellos tiempos de tanta affliccion el mismo que habia sido en los felices. Habiendo regresado á Bolonia pocos meses despues, se le destinó un pequeño aposento inmediato al oratorio de la casa, lo que le sirvió de sumo placer, pues como era tan amante del Santísimo Sacramento, de dia lo visitaba con la mayor frecuencia, y de noche se levantaba tres ó cuatro ocasiones para vigilar que siempre ardiera la lámpara: en tan loables ejercicios pasó su tercera probacion; pero fuera por la frecuencia de desvelarse en una temperatura tan fria como aquella, ó por su constitucion propensa á la tisis pulmonar, atacado de una fiebre lenta, que insensiblemente consumia sus fuerzas, produciéndole una grande consumcion, fué remitido á la casa destinada para hospital de los Jesuitas donde despues de cinco meses de los mayores padecimientos, de los no menos ilustres ejemplos de todas las virtudes religiosas y de haber hecho un voto á S. Francisco Javier de dedicarse á la conversion de los infieles, si fuera voluntad del Señor que la Compañía fuese restituida á México, entre las más fervorosas jaculatorias de la piadosa obra del P. Antonio Natali, tan familiar con especialidad á los jóvenes Jesuitas, *De caelesti Conversatione*, entregó el alma al Señor en la fecha anunciada al principio, teniendo poco menos de treinta y tres años: sus restos mortales descansan en el templo de S. Próculo de la referida ciudad de Bolonia.

El mérito de los Jesuitas de la destruida Provincia mexicana no era desconocido en Europa, ni dejaba de sentirse su fallecimiento, cuando ocurría, por las personas religiosas y literatas: los Jesuitas extranjeros habian regresado á sus pátrias; pero á ellas llevaban la fama de nuestra Provincia, de su observancia, literatura y trabajos apostólicos; de suerte que la expulsion, trajo siquiera el bien de

que se supiese más allá de los mares, lo que por la gloria de Dios, aumento de las ciencias y bien de la sociedad trabajaba la Compañía de Jesus en México. Entre los varones ilustres se cuenta el P. Wenceslao Link, natural de Bohemia y célebre misionero de la California. El año de 1762 habia pasado á esa península á predicar el Evangelio, donde estuvo algunos meses en la mision de santa Gertrudis aprendiendo la lengua cochimí una de las más difíciles que allí se hablan; su mision tuvo principio con trescientos neófitos catequizados y bautizados por otro celoso Jesuita extranjero, el P. Jorge Retz; pero á muy poco, debido á sus frecuentes y penosas excursiones á las tierras cercanas, logró aumentar considerablemente su poblacion. Los trabajos apostólicos del P. Link han sido referidos en otro lugar; así es que nos limitaremos á decir lo que en lo temporal emprendió para el bien de aquel país, hoy desierto: con sumas fatigas y la más asidua constancia introdujo en su mision varias legumbres, cuyas semillas habia llevado de México, las cuales aunque muchas perecieron en yerba por la indiscrecion de los indios, el frijol, garbanzo y arroz que hasta el dia se cultiva en la California, se deben á este Padre, así como el descubrimiento de pastos para las vacas y carneros que allí se introdujeron: su valor civil salvó no pocas ocasiones á los recién bautizados de las bárbaras incursiones de las tribus salvajes: al P. Link se debe últimamente, por el viaje trabajoso y lleno de peligros que hizo á pié de la península al rio Colorado, la carta geográfica que fué tan útil á los misioneros y que produjo el establecimiento de las dos últimas misiones que tuvieron los Jesuitas en la California, la de San Francisco de Borja y la de Santa María. En estas circunstancias, la pragmática de 1767 vino á destruir aquella florida cristiandad: el Padre Link salió de la California con los demás misioneros, y habiendo sido trasladado á Italia despues de una larga detencion en el puerto de Santa María, el embajador de Austria en Roma, mirando las grandes miserias que padecian los Jesuitas, por cuanto aun la escasa pension que se les asignó solo se hizo extensiva á los españoles, lo mandó de orden de la Emperatriz María Teresa con otros súbditos suyos á Viena, donde murió en el Colegio Teresiano á principios del año de 1772. En aquella ciudad publicó una historia en latin sobre las misiones de la California, que ha sido muy apreciada, y debe serlo muy especialmente á los mexicanos, así por haber conservado en ella la memoria de muchos ilustres misioneros paisanos nuestros, como por el honor que nos dispensó titulándose "individuo de la provincia de la Compañía de Jesus de México."

Carremos este año y capítulo con la noticia del célebre P. Dionisio Perez, de tan gratos recuerdos para la florida juventud de los

Jesuitas expulsos de su patria, por haberles servido, como el Arcángel Rafael á Tobías, de guía, alivio y consuelo en toda su larga y penosa peregrinacion á Italia. Este Padre nació en la ciudad de Veracruz el 9 de Octubre de 1731: fueron sus padres Don Tomás Perez, español, y D^a Juana Diaz Escobar natural de aquel puerto, familia muy notable en esa época por su grande liberalidad en socorrer á los pobres, que le premió el Señor abundantemente, habiéndola elevado desde una clase menos que mediana á una de las más opulentas de aquella ciudad: nuestro Dionisio fué el último de los cinco hijos de este matrimonio privilegiado, pues cuatro de ellos, dos hombres y dos mujeres, abrazaron el estado religioso; los dos primeros en la Compañía, y de las últimas, una en las Mónicas y la otra en las Teresas de Puebla, de las que fué una de las fundadoras: el varon que permaneció en el siglo, llamado Sebastian, heredero de la piedad de sus padres, fué uno de los principales que con sus muchas limosnas aliviaron la indigencia de los Jesuitas Mexicanos en sus largos viajes y en su detencion en Bolonia. Despues de una niñez muy edificante y de haber hecho con aprovechamiento sus estudios de gramática y filosofia en el Colegio de S. Ildefonso de México, tomó la sotana de la Compañía en el noviciado de Tepotzotlan el 14 de Mayo de 1749, cinco despues de su hermano el P. Tomás, operario incansable y de mucha nombradía en el Colegio de su patria, que algunos años despues de la extincion murió virtuosamente en Ferrara. Hechos los votos religiosos y repasada la filosofia en Puebla, fué destinado de maestro de gramática al Colegio de Guanajuato: pasados dos años, estudió teología en el Máximo de S. Pedro y S. Pablo, y ordenado de sacerdote y terminada su carrera literaria, volvió á Guanajuato á enseñar por segunda vez gramática y despues un curso de filosofia, ejercitando entre tanto los ministerios del púlpito y confesonario, especialmente el último, en la asistencia de la epidemia, que por aquel tiempo invadió á la ciudad, trabajando en él de dia y de noche, siendo necesario un precepto de la obediencia para que se recojiese á dormir algunas horas. Esos ministerios desempeñó pasada la peste en el oficio de misionero por las poblaciones inmediatas á aquel famoso Real de minas. En 1766 en el nuevo provincialato fué nombrado ministro del Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo, siendo recibido con el mayor aplauso y estimacion, por aquella numerosa juventud jesuítica que allí hacia sus estudios, porque aunque muy ríjido en las cosas pertenecientes á la observancia religiosa y literaria, era de una amabilidad y dulzura de genio tal, que no se podia dejar de amarle á sola su vista: en ese empleo se hallaba cuando se notificó á los Jesuitas el decreto de expulsion, y desde esa tristísima época sirvió de ángel tutelar á aquella juventud en todos sus caminos, hasta su lle-

gada á Italia, siempre á su frente, proporcionándoles cuantas comodidades eran posibles en el camino y las posadas en tierra, y en el mar franqueándoles auxilios á los enfermos y hasta condimentándoles por sus mismas manos los alimentos, con tal amabilidad, tanto empeño y tan suma dedicacion, cual en su alivio pudo haberles ofrecido la madre más amorosa: al mismo tiempo no se descuidaba de que fuesen observadas las prácticas religiosas, segun lo permitian las angustiadas circunstancias del tiempo, siendo el primero en todas ellas para darles ejemplo. En el viaje á Córcega tuvo el sentimiento de verse apartado de aquella su querida juventud; pero reunido á ella por la ocurrencia que hemos referido en otro lugar, en la Bastía, en Sestri y todo el camino hasta llegar á Bolonia, siempre marchó unido á ella, siempre auxiliándola con los socorros que ámpliamente le habia proporcionado su rico hermano en Veracruz, y aún despues de establecida la casa de estudios en S. Pietro y posteriormente en el Herculano, era tanta su caridad, que como dice el historiador de su vida, cuidaba aún de que en ciertos dias festivos del año, en que se daba algo extraordinario en el refectorio, se siguiese aquella costumbre á costa de no pequeños sacrificios: á su liberalidad, ó más claro, á su caridad religiosa debieron los Jesuitas estudiantes las comodidades que fueron posibles en el Herculano y toda la organizacion del edificio en casa religiosa: esa caridad se extendia á los demás Jesuitas de las otras provincias americanas: á todos procuraba consolar en su indigencia; á varios costeó los gastos del camino de Parma á Bolonia, salvándoles sus pequeños equipajes, cuando se les hizo pagar, segun vimos, su conduccion de la Bastía á Génova; extendiéndose á tanto su generosidad, que habiéndole pedido un hermano coadjutor de otra provincia una frazada para abrigarse, no teniendo sino la de su uso, la dividió en dos partes para darle el alivio que le pedia. Tal fué la conducta edificante de este ilustre jesuita en las calamidades de sus compañeros y súbditos, auxiliándolos en todas sus necesidades, gastando en su alivio cuanto llevó de México y la pension anual que su hermano le habia señalado en Italia, conducta que observó constantemente durante los cinco años que sobrevivió á la expulsion. Ultimamente, lleno de virtudes y méritos, llorado de todos los moradores del Herculano, con la fama de hombre santo, que generalmente se adquirió aún entre los seculares, y la de perfecto Jesuita por la exactitud en observar todas las reglas dictadas por S. Ignacio, para llevar á sus hijos á la más elevada perfeccion, fué atacado de la afeccion pulmonar, á que sucumbieron multitud de jóvenes jesuitas por la inclemencia de la estacion del frio, muy cruel en Bolonia; y habiendo sido por esta causa llevado á Rávena de orden de los médicos, despues de tres meses de una curacion larga y muy penosa, que no sirvió sino para reducirlo al

estado casi de esqueleto por la consuncion propia del mal, murió edificantemente el 2 de Diciembre de 1772, víspera de S. Francisco Javier á quien habia profesado en vida la más tierna devocion: su cuerpo fué sepultado con la solemnidad posible por los Padres portugueses y los de la provincia de Quito, que estaban reunidos en el Colegio de S. Jerónimo perteneciente todavía á la Compañía, pues aún no se habia dado el Breve de extincion.

CAPITULO III.

Los Jesuitas de México dispersos por el Breve de extincion.

Desde la eleccion al Sumo Pontificado del Sr. Clemente XIV en 1769, á las penalidades físicas de los Jesuitas de la provincia mexicana, se añadió la muy terrible moral de la supresion total de su Compañía en todo el orbe católico. Desgraciadamente se veia en Roma agitarse en todo sentido las intrigas y facciones para la destruccion de la Compañía de Jesus. Las Cortes de Portugal, Francia, Nápoles, España y hasta el pequeño estado de Parma, suscitaban á la Santa Sede los más incómodos litigios: ya invadiendo sus dominios, ya persiguiendo á los Nuncios, ora reclamando supuestos derechos, ora tambien asediando sin cesar al Papa por ministros altaneros y poco religiosos. "A esto se reunia, dice un escritor, que el jansenismo estaba entonces concentrado en algun modo en la Sta. ciudad, y que contaba un gran número de prosélitos entre los prelados y los mismos cardenales; pero sobre todo entre ciertos religiosos que abrigaban contra los Jesuitas aquel ódio profundo, que los celos de cuerpo habian hecho nacer." Desde el pontificado anterior, en la misma Roma se imprimian multitud de libelos infamatorios contra los Jesuitas, repitiendo todo cuanto en doscientos años habian vomitado los herejes para infamarlos, y pasando más adelante se tocaban los puntos más delicados que pudiesen dar sospecha á los príncipes y alarmar á los pueblos contra esta religion: de allí mismo salian en todos los correos mil voces y noticias falsas, encaminadas á revolver con el mismo fin los ánimos de todos, haciéndose imprimir en las gacetas y papeles públicos; tanto que, hallándose inundado el mundo de infinitas mentiras, el Sr. Clemente XIII creyó deber desmentirlas de una vez, escribiendo al Nuncio de España: "que todas eran invenciones de libertinos y envidiosos, que no tenian otro objeto que desacreditar un Orden sumamente benemérito de la Iglesia." Esa persecucion se desató con más furor en el gobierno del Sr. Clemente XIV, á quien desde el principio creyeron atraer á su partido las cortes, con mayor facilidad que á su íntegro y firme antecesor, á quien no hicieron doblegar ni ultrajes, ni ofertas, ni amenazas: la imprenta anticristiana ya no reconoció límites: todo lo daba á luz, menos lo que podia ser favorable á la causa de la religion y de los calumniados: ministros infieles abusaron de su puesto para perse-